

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 35.—BARCELONA 20 DE FEBRERO DE 1915



Combate en las calles de Hohenstein, durante la batalla de Tannenberg (Dibujo de Max Rabes)

## CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Apretando a los neutrales.—II. El príncipe de Bulow

### I.—Apretando a los neutrales

En el duelo formidable que tienen entablado Inglaterra y Alemania, se apela a toda clase de recursos para hundir al adversario. En las medidas directas que cada uno de los dos imperios ha adoptado para herir al otro, hay perfecta reciprocidad, porque cada vez que a uno de ellos se le ocurre un expediente nuevo, el otro le imita y lo perfecciona. Pero hay algo nuevo que sólo se vislumbró en los pasados meses y que ahora se ve claro, aunque no se diga: el empeño de alistar en la causa propia a los neutrales.

Si los países neutrales no reciben ningún daño de la guerra, ipso facto para ellos el conflicto es causa de utilidad, toda vez que su comercio tendría que substituir forzosamente al de las naciones en guerra, y la industria de los viajeros, la agricultura, etc., no tropezarían con tantas competencias como en tiempo de paz. La cuestión económica afecta a todos, y algo también la de las subsistencias, pero esta última sólo se ha presentado, y ello es perfectamente lógico, en los países que no han procurado guardar los productos de su suelo y de las industrias rurales; los que han tenido previsión se ven casi libres de la amenaza del encarecimiento de los artículos de primera

necesidad, y hasta la misma crisis del carbón va solucionándose mejor de lo que parecía en los primeros momentos.

De aquí que los grandes imperios en lucha hayan comprendido que, si los neutrales no se veían envueltos en el conflicto, el resultado de la guerra sería desastroso, lo mismo para el vencedor que para el vencido: en efecto, el tiempo perdido por los beligerantes lo ganarían los neutrales, arrebatándoles mercados y compradores. La única manera de evitar tan temida contingencia consistía en procurar que los neutrales padecieran también positiva y manifiestamente, y se convencieran de que la neutralidad, sin depararles apenas ventajas, les ocasionaba los mismos o parecidos daños que la guerra; si esta idea se abría paso en los pueblos y en los estadistas, aumentaría el número de aliados y por lo tanto las probabilidades de victoria, consiguiéndose de todos modos que el comercio ajeno no derrotara al propio. Corresponde a la Gran Bretaña la primacía en el descubrimiento de esta nueva arma de guerrear.

Poco después de romperse las hostilidades, los barcos neutrales fueron visitados, apresados, conducidos a puertos británicos, con la excusa de que a su bordo iba contrabando de guerra; hay que recordar que esta vez se han incluido entre las mercancías de

contrabando casi todas las que son objeto de las transacciones mercantiles. No bastando este sistema, fueron apresados los súbditos alemanes de 20 a 45 años que se trasladaban de un puerto neutral a otro puerto neutral en un barco también neutral, sin tocar a ninguno de las naciones en guerra. Estas trabas opuestas a la navegación, produjeron opuestos frutos según de quien se trataba: unas naciones, que no podían en modo alguno, bien por su situación geográfica, ya por su falta de preparación, o por otras razones, tomar el partido de los imperios germánicos, se inclinaron momentáneamente en favor de una alianza con los anglo-franco-rusos; en cambio, otras, más poderosas, que esperaban obtener pingües beneficios de la guerra, se alzaron airadas y amenazaron con pasarse al bando contrario; para estas últimas, Italia y los Estados Unidos en primer término, el procedimiento inglés se suavizó al punto, pero no desapareció por completo; ya que no se podía obtener lo más, se alcanzaría lo menos. Esto es, poner restricciones al comercio de los neutrales.

Y en cuanto a las otras naciones, si bien no ha aumentado el número de aliados con su concurso, por lo menos se ha evitado que se pasaran al bando contrario.

Alemania se ha dado cuenta al cabo de los manejos de su enemigo, y los ha copiado en el fondo, revistiéndolos con nuevas formas, mucho más francas.

Inglaterra declaró todo el mar del Norte zona de guerra, y con ello consiguió poner un dique a la propaganda germana en los países escandinavos. A esta declaración ha respondido ahora Alemania declarando zona de guerra todo el mar de Irlanda y el litoral, sin excepción, de las islas británicas; pero no se ha contentado con la declaración, sino que ha anunciado que desde el próximo día 18 sus submarinos echarán a pique a todos los barcos británicos, que encuentren en aquellas aguas, añadiendo que según noticias que reputa, exactas, el almirantazgo británico ha recomendado a los capitanes de sus barcos mercantes, que icen el pabellón de algún país neutral al entrar en las repetidas aguas. Esto equivale a decir que todo barco, cualquiera que sea su nacionalidad, que haga el comercio con Inglaterra o se dirija o entre en algún puerto británico, corre peligro inminente de ser destruido. Falta saber si Alemania dispone de medios para llevar a cabo de un modo eficaz esta amenaza, pero entre tanto el golpe que ha infligido al comercio mundial ha sido enorme. No es ya Inglaterra la que saldrá perdiendo, sino que perderán todos los países neutrales que mantengan relaciones marítimas con la Gran Bretaña; de consiguiente, el deseo de que se haga la paz ya no es privativo de los beligerantes, se ha extendido a muchas más naciones, y si éstas llegan a convencerse que el único obstáculo para que se concierte la paz es Inglaterra, contra ésta se volverán todas las cancillerías, el sentimiento universal se pronunciará con unanimidad en favor de Alemania. Una nueva derrota importante de franceses y rusos, facilitaría sobre manera la consecución del objetivo alemán, cuya diplomacia, por esta vez, se ha mostrado más hábil de lo que nos tenía acostumbrados.

## II.—El príncipe de Bulow

Las gestiones del príncipe de Bulow—embajador alemán en Roma—han fracasado ruidosamente, se nos ha venido diciendo un día y otro, para convencernos de que Italia y Rumanía estaban resueltas a abrazar la causa de los aliados, y que nada ni nadie las disuadiría de su propósito. Ni conocemos cuáles eran las instrucciones que se dieron en Berlín al príncipe de Bulow, ni cuál ha sido su resultado. Pero hay algo que está al alcance de cualquiera y que permite vislumbrar lo que se oculta; el velo del misterio ha comenzado a descorrerse por torpeza de los mismos que hicieron la apasionada campaña de prensa contra Alemania. Y este algo es lo siguiente.

A los repetidos anuncios de la intervención de Rumanía e Italia a mediados o principios del mes de marzo, respondieron los alemanes, independientemente o relacionándolo con la labor diplomática del príncipe de Bulow, formando un ejército cerca de la frontera rumana, aconsejando a los austriacos que reforzasen sus tropas de Trentino y el Tirol, y dando a conocer por todos los medios, y no han sido pocos, que aún les queda en el interior del Imperio una reserva de cuatro millones de soldados, no meramente de hombres. Estas expresivas medidas han hecho cesar como por encanto los vaticinios de la ayuda que Rumanía, Bulgaria e Italia iban a prestar a los aliados. Al mismo tiempo, Italia declara, por boca de uno de sus más significados estadistas, que no es ocasión oportuna para hablar de la ocupación del Trentino, y que aún no está solucionado por completo el problema de la anexión de Libia. Finalmente, Turquía envía sus avanzadas a corta distancia del canal de Suez.

Resulta de ello, que es probable que Italia y Rumanía creyeran de buena fé que la fruta estaba madura y que podían llegar a ella sin necesidad de desenvainar la espada, o por lo menos sin tener que medir sus armas con las del adversario, y que éste les ha hecho ver que aún dispone de fuerzas suficientes para habérselas con nuevos campeones.

Como consecuencia de todo ello, los arrestos bélicos se han guardado para mejor ocasión. Si se presenta una coyuntura favorable, Italia y Rumanía acudirán al palenque; por ahora parece que nos hemos librado de este peligro, que acaso nos trastornara más de cerca que el de la actual contienda, porque se pondría sobre el tapete la llamada cuestión del Mediterráneo. Respiremos, pues, momentáneamente, y quiera Dios que aprovechemos este alivio para que no nos cojan desprevenidos las contingencias que acaso el porvenir nos reserva.

F. LARÍN.

## LA LIBERACIÓN DE LA PRUSIA ORIENTAL

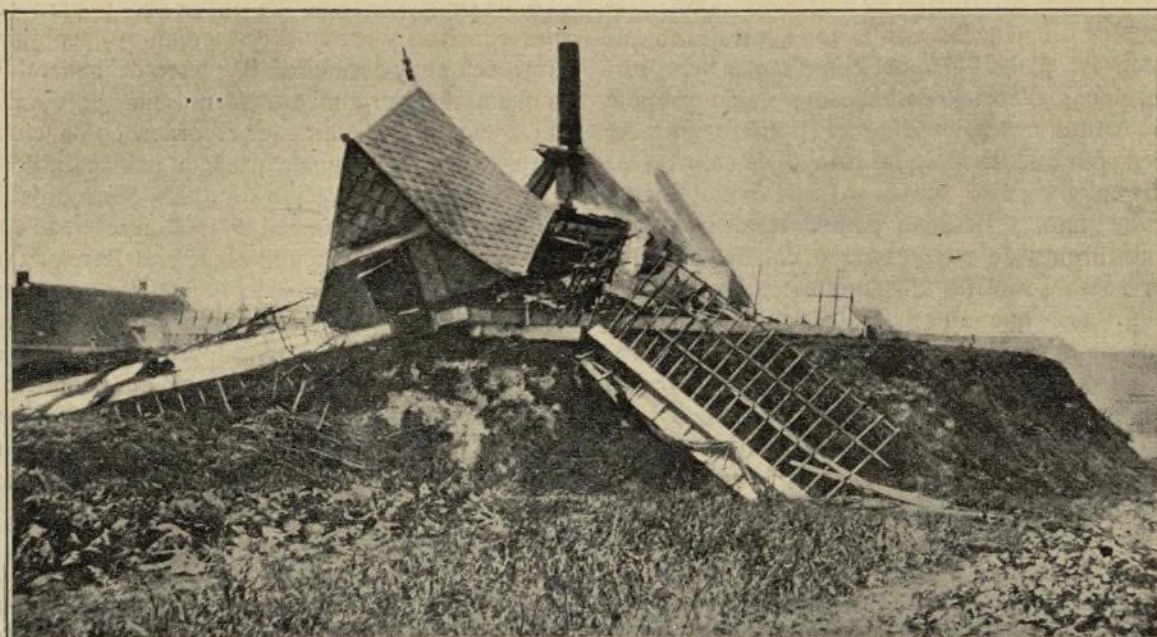
por el Dr. Kurt Floericke

Una actividad desusada y una animación extraordinaria reinaban, el hermoso día otoñal del 1.º de septiembre, en la fonda del «Dessauer Hof», de Insterburg. Un confuso vocerío salía de la cómoda sala de despacho, decorada con trofeos de caza, artesonados, mullidos sofás de piel y sillones de brazos. Los cuartillos de vino se consumían sin tasa. Pero

no eran ya los alegres y jóvenes oficiales de dragones de la vecina guarnición de Tilsit, ni los fornidos y barbudos propietarios rurales con sus trajes en que abundan las pieles, los que, como tantas veces antes, formaban el cortejo de bebedores, sino que sólo se oían cantos y voces en idioma extranjero, lanzadas por personas que llevaban las túnicas de color verde gris del ejército ruso, cubrían sus cabezas con anchas gorras de plato, y llevaban pendientes de sus hombros cinturones de cuyo extremo colgaba un sable en dirección contraria a la que es corriente; eran oficiales rusos, que tan a menudo habían estado allí en otros tiempos, aisladamente y en traje civil, frecuentando las casas de hospedaje de las fronteras de la Prusia Oriental; esta vez habían llegado en masa y como enemigos. Hacía ya catorce días que el cuartel general ruso se alojaba, con todo el Estado Mayor, en el principal hotel de Insterburg. Llegó primero una fracción de tropas, y enseguida se notó la presencia de un gran número de oficiales de elevada jerarquía, seguidos de una inmensa soldadesca rusa, cuyas trasgresiones y atropellos apenas podía contener el general Rennenkampf mediante sus órdenes draconianas y la férrea disciplina que mantenía en sus tropas. Pero ni el general podía estar en todas partes, ni era tan omnipotente que pudiera poner coto a las demasías de los finos pero frívolos oficiales de la Guardia, de linaje de condes y príncipes, que en número extraordinario figuraban en el séquito del gran duque Nicolás Nicolayevitch. Para facilitar la conservación del orden en la ciudad, el general Rennenkampf había nombrado al burgomaestre Dr. Bierfreund gobernador en nombre de los rusos, y a él le transmitía sus deseos y órdenes, las cuales aquella autoridad, despojada como es natural de su libertad en aquel trance de prueba, procuraba suavizar con su firmeza y discreción, evitando gracias a estas cualidades no pocos atropellos y demasías; las órdenes del general aparecían en forma de carteles y proclamas firmadas por el burgomaestre. Bastante significativa fué aquella que comenzaba con estas palabras: «El enemigo ha entrado en nuestra ciudad y ha tomado posesión de ella. En estas tristes circunstancias...» Los buenos habitantes de Insterburg no rieron poco cuando vieron el nombre de su buen burgomaestre, aficionado al buen vino, al pie de un cartel en que se prohibía bajo las más severas penas el uso del alcohol como bebida. Los soldados observaron rigurosamente al principio esta prohibición, y apenas se presentaba en las calles algún muschik borracho, sus oficiales le castigaban sin compasión, siguiendo el ejemplo que les daba el mismo Rennenkampf, quien más de una vez había blandido la fusta para golpear por su propia mano a los culpables. Los oficiales no observaron la orden con tanto rigor, y en el cuartel general del gran duque la templanza brillaba por su ausencia, toda vez que allí el champagne corría a torrentes. En la campaña de Polonia, que tuvo lugar más tarde, ya no se siguió la misma conducta contra la bebida, según han manifestado los corresponsales de guerra de los periódicos italianos. Pero el pillaje no fué frecuente en Insterburg, ni en las grandes poblaciones donde se encontraban acuartelados los oficiales rusos de elevada jerarquía, y cuando ocurría algún caso se castigaba sin miramientos. Todos los indicios denotaban

que aquí se proponían los rusos constituir un agradable acuartelamiento de invierno, y para tener más seguridad y tranquilidad tenían que prohibir las destrucciones y desmanes. Por deseo del general Rennenkampf, el burgomaestre formó una guardia nacional encargada de mantener el orden en la ciudad. Largas horas de angustia pasó la población porque las máquinas de elevación de aguas dejaron de funcionar y pereció un oficial de ingenieros ruso en los trabajos de recomposición; el general Rennenkampf atribuyó el hecho a un acto de sabotaje y amenazó con tomar las más terribles represalias; pero finalmente y a costa de grandes esfuerzos se le pudo calmar. Algunas de sus proclamas amenazaban con reducir la ciudad a escombros y cenizas si se disparaba un tiro desde las casas contra sus tropas, y en otra se dió curso forzoso al billete ruso de un rublo asignándole un valor de tres marcos: medidas duras, pero que las necesidades militares las justifican.

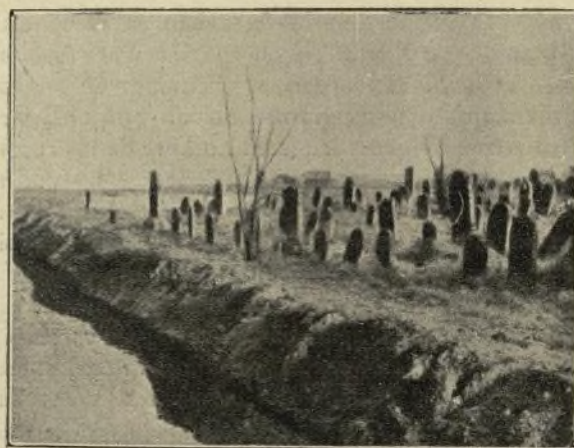
El dueño del mesón llevaba catorce días sin descansar tranquilo, y en sus salas de consumo iban en aumento el bullicio y la algazara. Poco antes de la entrada de los rusos llegaron dos soldados alemanes, resto de una patrulla puesta en dispersión, y como no tuvieron tiempo de huir, el posadero se vió obligado a acogerlos en su casa; para evitar que los rusos los hicieran prisioneros vistió al uno con el frac de camarero y al otro le disfrazó de albañil. Desde aquel día, ¡cuántos sobresaltos y sustos pasó a cada momento temiendo que se descubriera el hecho! Otro peligro nació de la historia ridícula de las botellas de agua de Seltz. Los desconfiados rusos tomaron primero estas botellas por una especie de nueva máquina infernal, en vista del sabor ácido de su contenido, y llevaron una botella fuera de la ciudad, con toda clase de precauciones y asegurándose que no podría causar ningún daño; por fin la abrieron y se persuadieron de que allí no había escondida bomba ni mina de ninguna clase. Desde entonces, los señores rusos no se contuvieron ya, y el dueño del hotel vió con terror cómo se iba vaciando a toda prisa el contenido de su bodega. Al principio, los oficiales rusos comenzaron por pagar en buena moneda, pero a poco ya no entregaban más que papel de un rublo en pago de las consumaciones. Y aún esto terminó pronto. Entonces, para consolar al afligido mesonero, el coronel von Graeven, ayudante de campo del gran duque, le prometió que se le pagaría en géneros coloniales que estaban a punto de llegar en los convoyes que se encaminaban a la ciudad. Pero, ¿cuándo llegarían? Nadie lo sabía. El general Rennenkampf partió para la línea de combate, con visible mal humor, y desde aquel momento empeoró la situación. Por expreso deseo del ayudante del gran duque, el mesonero reemplazó sus camareros por servicio femenino, con lo que los escándalos y las orgías llegaron a su punto culminante. Pero cierto día se oyó el ruido de un grupo de caballos que llegaban al trote, y enseguida resonaron las espuelas de Rennenkampf en el amplio vestíbulo de la fonda. Rápidamente quedó despejado todo el local a la vista del caudillo; el aspecto de éste recordaba el de los días más desagradables de la campaña de la Manchuria. «¡Fuera esas mujerzuelas!», exclamó encolerizado, echando lumbre por los ojos y moviendo el látigo con furor. Parecía estar de un



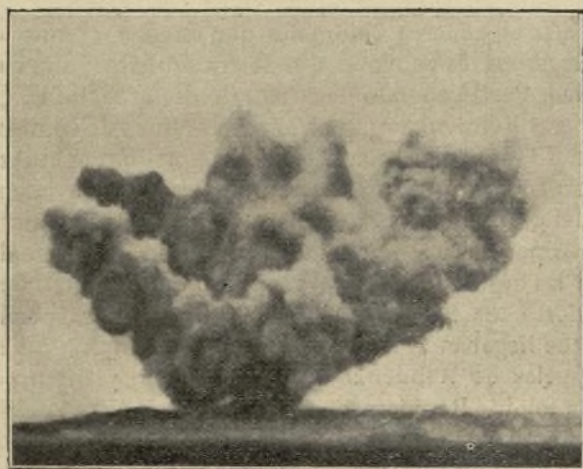
Molino de viento destruido por la artillería alemana, porque el molinero hacía señales a los franceses, valiéndose de las aspas



Después de la batalla en Darkehmen: descanso en las trincheras



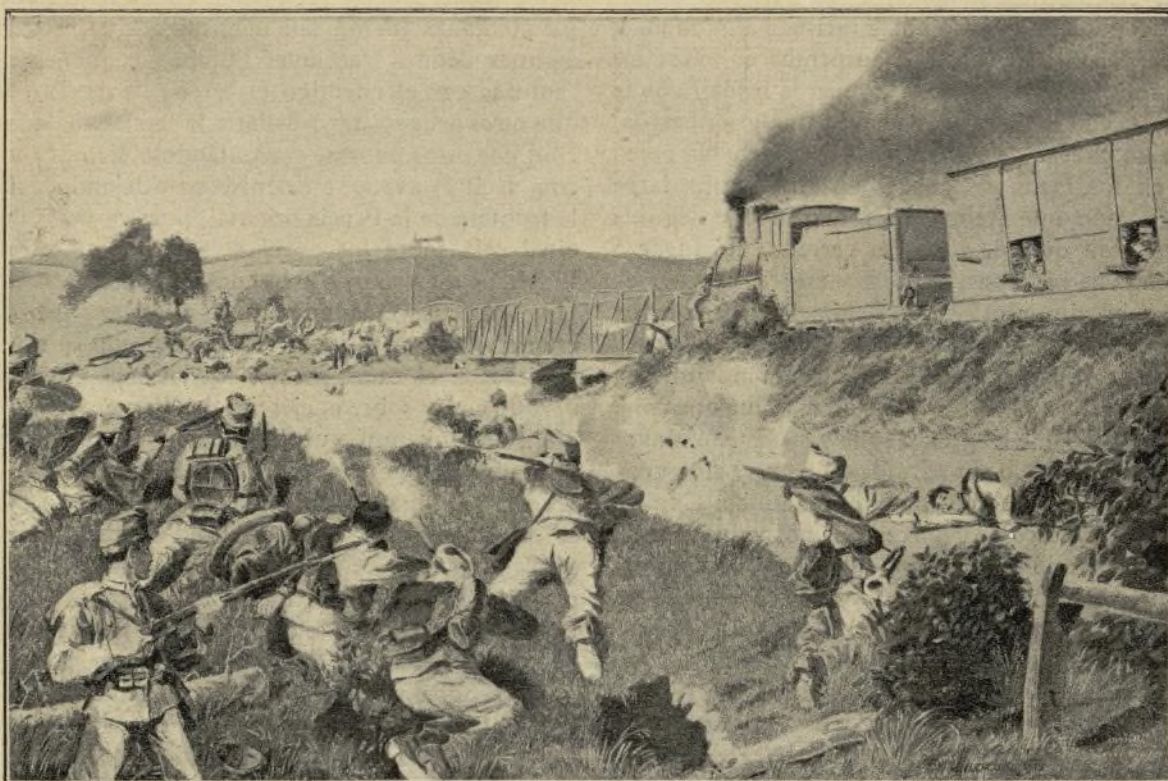
Una trinchera rusa abierta en el cementerio judío de Lodz



Explosión de un proyectil austriaco de 30.5 centímetros, al chocar contra el suelo

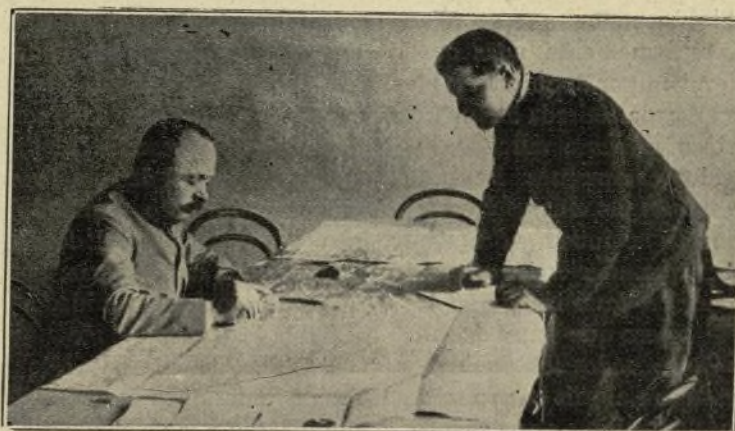


El teniente conde de Bismark (nieto del célebre canciller de hierro), entregando una orden en la Polonia rusa



El combate de Debica: un tren acorazado austro-húngaro, apoyado por infantería, oponiéndose a la voladura del puente por los rusos

(Dibujo de Maaderu)



El teniente general Borbevic de Boyna, comandante del tercer ejército austro-húngaro, que combate en los Cárpatos



El campo de batalla de Lagarde (Lorena)

Ayuntamiento de Madrid

humor pésimo. Las camareras temblaron y se inclinaron ceremoniosamente ante los terribles mostachos del general. ¿Acaso había recibido alguna mala noticia? Hacía días que se susurraba en todos los rincones y cuartos del hotel que en la frontera de la Prusia occidental se había reñido una gran batalla, y que un cuerpo de ejército ruso entero había perecido en los lagos y ciénagas de Masure. La larga conversación que Rennenkampf sostuvo enseguida con el gran duque, a puerta cerrada, dió lugar a toda clase de hipótesis, temores y esperanzas. Enseguida sobrevino una desusada agitación y una extraordinaria actividad, un ir y venir de ordenanzas y ayudantes, el embalaje de los efectos, el movimiento de automóviles: nada fué olvidado más que una cosa: pagar al fondista. El gran duque y su Estado Mayor montaron a caballo sin pérdida de tiempo y desaparecieron sin que nadie supiera hacia dónde. Con las palabras: «Dentro de catorce días nos volveremos a ver», se despidió del dueño, que al fin comenzaba a respirar libremente. Pero el regreso ya no tuvo lugar. Rennenkampf permaneció un día más, y entonces salió también a la cabeza de sus regimientos, por la puerta de la ciudad, pero en dirección al NE., es decir, hacia la frontera rusa. Insterburg quedó como quien se libra de una pesadilla. (Que el gran duque y Rennenkampf escaparan de Insterburg en traje civil y precipitadamente, es una de tantas fábulas que corrieron por aquellos días y que algunos periódicos acogieron sin preocuparse de examinar si eran ciertas). Vacilando entre el temor y la esperanza, los habitantes de Insterburg contemplaban con el corazón palpitante los innumerables incendios que se veían hacia el S., enrojeciendo el firmamento, y las densas humaredas que se elevaban por doquiera. ¿Qué había sucedido para precipitar la retirada de los rusos, y qué hacían éstos? Una inmensa muchedumbre de espantados y afligidos campesinos, llevando consigo los miserables restos de sus ajueres y pertenencias, se iban refugiando en la ciudad, y contaban a los admirados habitantes que un ejército alemán victorioso se acercaba a marchas forzadas, y que los rusos huían en todas partes, pero que antes de salir del país entregaban a las llamas todos los pueblos y caseríos y asolaban y devastaban el país entero.

Vengamos ya a la situación militar a que se refiere el cuadro anterior. La nueva batalla de Cannas fué ganada por las geniales disposiciones de Hindenburg y la perseverante tenacidad de sus tropas, ocasionando al ejército ruso del Narev la gran catástrofe de Tannenberg ya descrita y que quedará indeleble en la historia de Rusia. Esta extraordinaria y brillante victoria llegó en ocasión muy oportuna, porque a la sazón las vanguardias del ejército de Rennenkampf se habían ya adelantado hasta el valle del Alle, y se encontraban casi detrás del ejército de Hindenburg, a quien hubieran puesto en una situación muy crítica si el triunfo se demorara algunos días. Hay que reconocer que el petulante Rennenkampf no era un estratega de la talla de Hindenburg, y como esto se pusiera de nuevo de manifiesto tres meses más tarde en las batallas de Polonia, el gran duque, que necesitaba alguien sobre quien descargar la responsabilidad de sus derrotas, sacrificó al livonio (el general Rennenkampf), poco querido en el ejército ruso. Sin que ello deba traducirse como

deseo de rebajar desconsideradamente a Rennenkampf, lo cierto es que los movimientos de las tropas alemanas fueron tan magistrales que, mientras algunas débiles fracciones libraban pequeñas escaramuzas con el enemigo en el frente del Pregel, y que otros grupos de caballería le llamaban la atención por otros puntos, presentándose siempre como cosa fácil el avance a Koenisberg y dejando abierta la frontera de la Prusia oriental, nuestra masa principal caía sobre los cuerpos de los generales Schillinsky y Samsonov y los destruía por completo. Una vez acontecido este hecho, o tal vez cuando ya era inevitable, y así que Hindenburg con su rapidez habitual y el excelente uso de la línea interior se aprestó a caer sobre el ejército de Niemen, comprendió Rennenkampf que iba a correr la misma desgraciada suerte que sus infortunados camaradas y se apresuró a tomar las medidas conducentes a evitar la derrota, pero había perdido tontamente nueve días en operaciones inútiles y tenía demasiado desparramadas sus tropas para poder obrar con eficacia. Parece esto extraño si se considera que Rennenkampf disponía de cinco divisiones de caballería para practicar reconocimientos y despejar la situación, pero la caballería rusa falló en esta ocasión como en tantas otras de esta guerra. El ejército de Rennenkampf se componía de los cuerpos de ejército 2.º, 3.º, 4.º y 20.º, dos brigadas de tiradores y dos divisiones de reserva (tercera y cuarta), y además se estaba reuniendo a toda prisa en Grodno un ejército de reserva compuesto del cuerpo 22.º (finlandés) y del tercer cuerpo siberiano, que tanto se distinguió en la guerra contra Japón, así como el resto del 6.º cuerpo, puesto en dispersión en Tannenberg. En resumen, las fuerzas a las órdenes directas de Rennenkampf sumaban unos cinco cuerpos de ejército y algunas formaciones de reserva. La disposición de las tropas rusas adolecía del defecto de ser su frente demasiado ancho y profundo, teniendo algunas vanguardias muy avanzadas y sin el debido enlace, en el terreno pantanoso de la provincia, por lo cual no les era fácil acudir con oportunidad a los puntos necesarios, ni había la recomendable unidad en caso de ser inminente la batalla; si a esto se agrega que las noticias recibidas de la derrota del ejército del Narev desmoralizaron a la tropa y desconcertaron a su jefe, se comprenderá que nadie pensara más que en una ordenada retirada, para salvar en buenas condiciones aquella misma frontera que pocas semanas antes habían cruzado victoriosamente; los rusos eran fuertes en cantidad y su instrucción y técnica superiores a las demostradas en campañas anteriores, pero su dirección, el mando, era impotente para mantener, pese a su buen deseo, lo mismo en esta guerra que en las pasadas, la necesaria disciplina en la tropa y refrenar los impulsos naturales del soldado, porque los ignorantes y pobres campesinos rusos, de que se nutre el ejército, acostumbrados a la tiranía, se desquitan cuando en país enemigo tienen a su disposición los bienes de que carecen en su patria, y pueden entregarse libremente a su eterna costumbre de la bebida. ¡Cuán otros son los morigerados hábitos de los alemanes! Estos acudieron de todas partes, en abigarradas masas fueron conducidos por interminables trenes durante días y días, hasta que pudieron empeñarse en combate en los espesos

bosques, en los lugares pantanosos, cañoneando y batiendo al enemigo y dominándole en donde quiera, llegando a formarse el ejército de Hindenburg, acostumbrado a la victoria. Tales tropas desplegaron el más extraordinario valor. Varios días transcurrieron antes que el vencedor de Tannenberg pudiera rematar la labor extremadamente lenta de dispersar y destruir los núcleos enemigos refugiados en las selvas, en los bosques, en los pantanos, y limpiara de adversarios aquellos lugares. Por fin las masas alemanas estuvieron en condiciones de emprender la marcha hacia el N., desalojando de los pueblos a los rusos, y arrojando fuera del territorio de la patria al segundo ejército ruso. Todos los padecimientos y todas las privaciones fueron echados al olvido. De las robustas gargantas de la tropa brotaban alegres canciones militares; pero a medida que iban avanzando, el silencio se extendía y desaparecía el júbilo ante la vista de las ruinas y de la desolación del país. Una cólera sorda y un ardiente deseo de venganza palpitaba en todos los corazones de las tropas, especialmente en los landwehrianos de la Prusia oriental, los cuales se estremecían al pensar en la vida de sus parientes, en el honor de sus esposas e hijas y en la suerte de sus escasos bienes y haciendas. Apenas era posible contener a la tropa, que en sus deseos de llegar cuanto antes al encuentro del enemigo hizo varias marchas de 40 kilómetros, etapas extraordinarias si se considera que hacía ya varias semanas que no gozaban un día de descanso. Los regimientos de landwehr, compuestos de la gente de más edad, situados en la extrema ala derecha, cubrieron en cuatro días la distancia de 75 kilómetros, siendo así que la jornada ordinaria no excede de 25 kilómetros. Tan ardientes eran los deseos de llegar a las manos con el enemigo, que los más impacientes y arrojados se imponían a los más tímidos, y fué menester hacer que imperara la prudencia; con todo, en los ataques se desplegó una osadía tan grande que a menudo excedió a los deseos del mando. Las últimas etapas, más que una marcha de avance fueron una marcha de ataque, de suerte que los rusos, que tenían fuertemente amenazados sus flancos, hubieron de apresurarse a salir de la Prusia oriental, quedando vencidos antes por las piernas de los alemanes que por el choque de las armas. También esta vez Hindenburg libró una batalla de destrucción. Fué casi imposible el envolvimiento completo de los dos flancos, porque el movimiento del ala izquierda alemana quedó paralizado por la masa impenetrable de los bosques. Se confiaba, sin embargo, que el ala derecha obligaría a entablar combate a los rusos, y que así resultarían cortados de la frontera y se les podría empujar hacia los fuertes de Koenigsberg y las hondonadas de Elbing. Rennenkampf se dió cuenta al punto de este grave peligro que le amenazaba, y para evitarlo dispuso que el ejército de reserva de Grodno se situara en el flanco del ala derecha nuestra, de donde se originó la interesantísima situación militar de los días 11, 12 y 13 de septiembre, de la batalla de Lyck. El plan ruso no estaba ciertamente mal concebido, pero no contaba con la capacidad combatiente de la landwehr alemana, que tan terrible golpe había asestado a los rusos el primer día de la batalla de Tannenberg. Hindenburg conocía mejor el terreno, y para hacer frente a la amenaza rusa

destacó una sola división de landwehr (en la que figuraban muchos soldados de Hamburgo), mandada por el general de división von der Goltz; mientras que él mismo, con el grueso de las fuerzas, emprendía tranquilamente su ataque contra el frente avanzado de Rennenkampf, cuya ala izquierda fué ya el día 10 fuertemente quebrantada.

(Concluirá)

(De *Der Krieg*)

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### El militarismo alemán

(El señor A).—Yo, transigiría con los alemanes si no fuera por su desenfrenado militarismo. Eso de que una de las clases sociales, de que un instrumento del Estado, se anteponga a todo y lo esclavice todo, no me cabe en la cabeza.

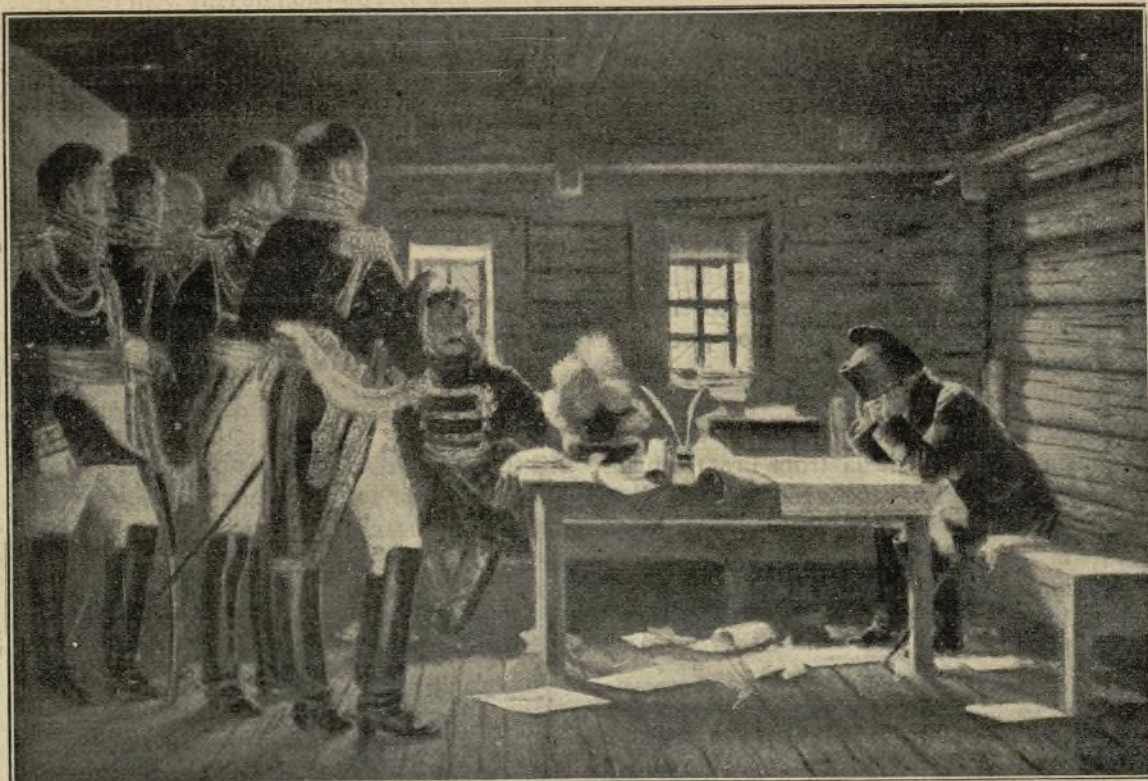
—Parte V. de un principio falso, y por consiguiente las consecuencias también lo son. Ni V., ni ninguno de los que hablan del militarismo alemán, sabe qué cosa es esta. En Alemania, el ejército no predomina sobre nadie, no constituye una clase social, no significa privilegio, ni menos todavía pretende alzarse sobre el resto del Imperio.

(El señor A).—Parece mentira que diga V. tales cosas con tanta seriedad. ¿Conque el militarismo alemán no es...?

—¡No, no y no! El ejército alemán no es más que la encarnación del principio fundamental en que se asienta la vida y la seguridad de cualquier pueblo; todos tenemos el deber de respetar las leyes, todos tenemos la obligación de contribuir a las cargas sociales, nadie puede sustraerse al mandato de socorrer al desvalido y al indigente; pero, por encima de estas obligaciones y de todas las demás, hay otra: la que impone el instinto de conservación, la de la seguridad de la patria. De manera, que cuando V. habla del militarismo alemán, créalo V., ningún alemán sabe ni comprende lo que quiere V. decir. El ejército allí no es un organismo separado e independiente de los demás, ni es algo particular ni desligado del resto de la nación, sino que es la nación misma. Podrá haber en otras partes algo que se parezca a una casta militar, a un espíritu profesional y particularista; en Alemania, no, cada ciudadano tiene el deber de defender la patria, y no se ha inventado otro medio de defensa que el de empuñar un arma. Al acudir al ejército, el ciudadano alemán no se cree apartado de su vida normal, sino en uno de los períodos, desde luego el más importante, de su propia actividad; al incorporarse a filas, el ciudadano alemán no se cree puesto a las órdenes de una autoridad extraña, sino que jamás se ve tan ciudadano como entonces, puesto que su único jefe es la patria, y a ella obedece únicamente.

(El señor A).—¿Luego, la patria es para V. una colectividad de generales y oficiales?

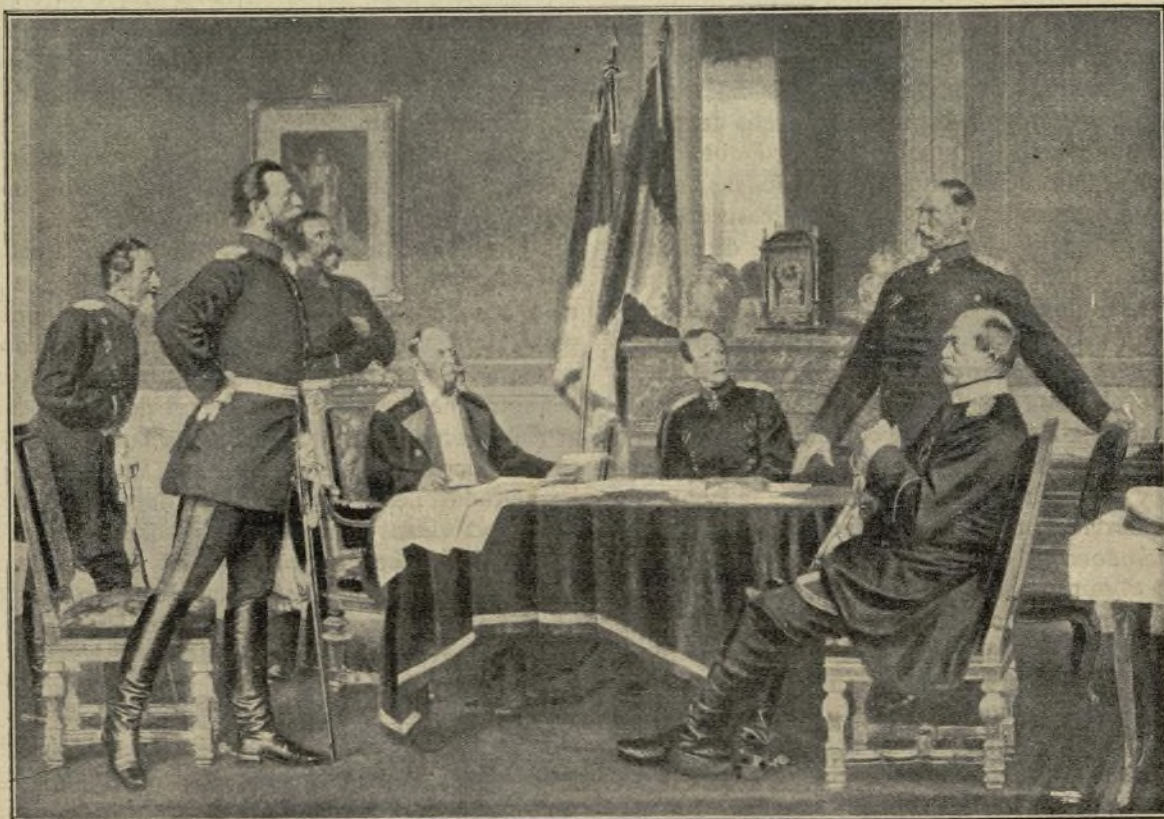
—No, señor: la patria es la colectividad de todos los ciudadanos, sean generales o soldados, sacerdotes o labriegos. Pero como en toda organización social ha de haber quien dirija y quien obedezca, de aquí que en el ejército haya oficiales y jefes y generales. Tenga V. presente, sin embargo, que estos jefes



Napoleón en la campaña de Rusia. (Cuadro de Vereschagin)

y generales sólo mandan en lo relativo a sus funciones propias, y que en las demás son iguales al resto de sus compatriotas. En Alemania, el profesor en su cátedra manda tanto o más que el general en sus soldados, y cuando un oficial acude a las aulas, es el primero en dar ejemplo de respeto al profesor, a pesar de que éste, el día de la movilización, ostente

las insignias de simple cabo, o no lleve insignias de ninguna clase. Así como al profesor se le exigen condiciones relevantes y su responsabilidad es inmensamente mayor que la del discípulo, de la misma manera al oficial se le somete a una carga y a unos deberes mucho más estrechos que los demás ciudadanos. Y no olvide V. que el oficial alemán no



El célebre consejo de guerra de Versalles en 1871. (De izquierda a derecha general Blumenthal, príncipe imperial Federico, general Verdy du Vernois, emperador Guillermo, general Moltke, general Roon, canciller Bismarck (Cuadro de Warner)



Tropas serbias atravesando un puerto montañoso, después de una nevada

es un sér privilegiado, sino el espejo de toda la nación, porque es el primero en cumplir sus deberes y el que menos ostentación hace de sus derechos, que caducan fuera de la esfera militar. De modo, señor A., que ni idea tiene V. del militarismo alemán.

(El señor A).—Obras son amores y no buenas razones. ¿No es acaso Alemania un inmenso cuartel? ¿Sus preparativos bélicos no han obligado a armarse

a todas las naciones, provocando los desequilibrios económicos y los conflictos internacionales?

—¿Y qué otra cosa que un cuartel es Francia entera, con mezcla de hospital? ¿No hace lo imposible Inglaterra, por ventura, para llamar a las armas a todos sus hombres válidos? ¿Qué me dice V. de esas propagandas a son de músicas callejeras, de los anuncios y conferencias en todos los espectáculos públi-



Botes automóviles armados con ametralladoras que emplean los alemanes en los reconocimientos de la costa belga

cos y privados, de las invitaciones a los transeuntes para que se alistaran en el ejército, y de los demás medios, que diputáramos extravagantes y ridículos si no viniesen de un país que goza fama de ser tan liberal y adelantado?

(El señor A).—Lo cual confirma mi tesis. Si Alemania no hubiera dado el ejemplo, ni Francia, ni Inglaterra, ni...

—¡Naturalmente, como que se la habrían merendado bonitamente! ¡Ahí es donde duele! Napoleón, el gran Napoleón, se nos metió en casa y quiso gobernarlos a su antojo; entonces, toda España se convirtió en inmenso cuartel, aunque nuestra pobreza y falta de previsión fueron los motivos de que los ejércitos que se formaron carecieran de uniformes, de organización y aun de armamento; pero guerreamos como pudimos y lo mejor que supimos. Por culpa de nuestra desidia y abandono, hubimos de aceptar la ayuda inglesa, y pagamos cara la intromisión de nuestros amigos los britanos, como ahora la están pagando los belgas y franceses. El mismo Napoleón se metió en Prusia y Alemania y creó y deshizo reinos a su capricho, imponiendo a la primera la prohibición de que su ejército rebasase de una cifra determinada, sumamente baja. V. me dirá que este paso fué un golpe mortal contra el militarismo ¿no es verdad?

(El señor A).—¡Qué duda cabe!

—¡Y tan evidente como es! No pudiendo Prusia tener un ejército fuerte, quedaría por los siglos a merced de Francia, y ésta con poco esfuerzo la tendría bajo la suela del zapato. El golpe iba bien dirigido, pero fracasó, porque Prusia inventó—y luego hay quien dice que los alemanes son bárbaros y salvajes!—el servicio general obligatorio: todos los hombres pasaban por filas e iban a nutrir las reservas; el ejército tenía un efectivo corto, pero el número de soldados instruídos aumentaba año tras año, y cincuenta después una muchedumbre innúmera aplastó a Francia. Los franceses quisieron tener dominados para siempre a sus enemigos, y era natural que estos se rebelasen y tratasen de sacudir aquel yugo: donde las dan las han de tomar.

(El señor A).—Todo esto ¿qué tiene que ver con lo que discutimos?

—¡Casi nada! Se lamentan los franceses y los ingleses, y los juzgan por las apariencias, de que los alemanes sean todos militares, y todos patriotas, porque lo que les convendría es que carecieran de armas y estuvieran inermes e indefensos. Si los alemanes se prestaran al sacrificio, no se sacarían a relucir los tópicos de la libertad y del derecho, porque estos inapreciables bienes no correrían peligro en Francia ni en Inglaterra; pero ¿cree V. que también estarían asegurados en Alemania? ¿Cree V. de buena fé que los franceses combaten por su libertad y los alemanes no?

(El señor A).—¡Los alemanes mal pueden combatir por su libertad, cuando no la conocen ni saben lo que significa! El Kaiser...

—¡Ja, ja! ¿Conque el Kaiser? Ahora soy yo quien digo que obras son amores... ¿Recuerda V. de algún país en que un simple terrateniente se haya atrevido a litigar con su soberano y le haya ganado el pleito, como ha acontecido con Alemania? ¿No sabe V. que en Alemania, nación protestante, van a misa formados los soldados que profesan la religión católica, y

en la misma forma cumplen sus preceptos espirituales? ¿Se atrevería V. a decir lo mismo de Francia? ¿Será por falta de libertad que el comercio alemán ha derrotado al británico y al francés y se ha impuesto en todos los mercados del mundo? ¿Se debe a la tiranía la flota de guerra que ha surgido como por arte de magia y protege a los alemanes en todos los rincones del orbe? ¿La Polonia alemana gime y se estremece, se ha despoblado y empobrecido, o es una de las regiones más ricas de Alemania? ¿Está en el mismo caso Irlanda, víctima del luteranismo inglés? ¿En qué otro país del mundo ha alcanzado el socialismo la fuerza que en Alemania, sin que por ello hayan temblado las esferas ni se hayan dictado medidas de represión?

(El señor A).—Se desvía V. de nuestro tema, don Subrio, estábamos en el militarismo...

—Y a él vuelvo. Oiga V. una parábola. La guardia civil, o la gendarmería, como la llaman en Francia, ¿no es todos los días objeto de ataques apasionados y de censuras violentas? ¿Tiene V. algo que decir contra ella?

(El señor A).—¡Todo lo contrario!

—Ni V., ni yo, ni ninguno de los que mejor o peor cumplimos o procuramos cumplir con nuestros deberes y con las leyes, vemos un enemigo en la guardia civil, sino el amparo de nuestras vidas y haciendas; por desgracia, no son todos como nosotros, y no faltan personas a quienes estorbe aquel organismo, como los mastines estorban al lobo, y como los guardas molestan al cazador furtivo. Y puesto que la guardia civil no funciona a gusto de todos ¿a quiénes debemos complacer, a los que no nos queremos apartar de la ley o a los que buscan la satisfacción de sus apetitos sin reparar en los medios?

(El señor A).—No creo que me lo pregunte V. en serio.

—Pues si la guardia civil ha sido creada para la defensa de los intereses particulares de los ciudadanos, algo ha de haber que defienda y garantice los derechos y los intereses de la colectividad, y por consiguiente también los privados y particulares. Este algo es el ejército, y como de la patria todos formamos parte y a todos nos afecta lo que con ella se relaciona, todos, sin distinción, la hemos de defender, con lo cual no hacemos más que laborar en nuestro propio beneficio cuando el caso llegue: este, y no otro, es el militarismo alemán. Los que lo vituperan y denigran son los que quieren desempeñar el papel de lobos; la campaña contra el militarismo alemán, que es acaso la creación más sublime de nuestra época, no es más que el total desarrollo de la campaña contra la guardia civil y la policía y, en general, contra los organismos y entidades que se oponen a que nos arrebatan lo que nos pertenece.

(El señor B).—No estoy enteramente conforme: Francia y Bélgica...

—De Bélgica hablaré muy en breve, señor B., y en cuanto a Francia su militarismo es tal, que abrió las puertas del destierro a los religiosos y las de sus casas a no pocos militares, y ahora, al sonar el toque de peligro, ha abierto las de la patria y las de la milicia a unos y otros.

(El señor A).—Pues si esa cosa que V. no quiere llamar militarismo, sirve para amenazar al ilustre cardenal Mercier...

—Príncipe de la Iglesia, miembro del Sacro Colegio, purpurado insigne, como han dicho los mismos periódicos franceses que atizaron la campaña anti-religiosa. ¡Si! Ya sé que ahora, pobres lobos disfrazados con piel de oveja, se lamentan de la tiranía alemana y...

(El señor B).—¡Porque Francia es el país de la libertad!

—¡Es evidente! En Francia se respeta a los cardenales pero se somete a la censura la encíclica del Papa sobre la paz, y se la interpreta con arreglo al propio deseo; es decir, que se quieren dictar órdenes al mismo Dios. ¿Ha oído V. decir nunca algo parecido de Alemania? Mucha *égalité* ¿no es verdad, señor B?

SUBRIO ESCÁPULA.

## DESDE ALEMANIA

*Cómo se inicia 1915. — Mirando al próximo pasado.*

— *Los éxitos alemanes. — Balance. — Nueva ofensiva de Joffre. — Simpatías franco-alemanas en las trincheras.*

El año del Señor de 1915 se inicia entre bronco estampido de cañones, redobles de tambores y el agudo sonar de los clarines, que anuncian la hora terrible de la consumación de pueblos. Principia de manera distinta a la que el hombre había pensado. La guerra en la cual son partícipes todos los pueblos del mundo viejo, como aliados o como adversarios, después de haber confiado la conquista del derecho a la evolución en centenares de años.

Recordando el principio de la guerra, el paseo victorioso de las armas alemanas a través de Bélgica y del norte de Francia, se hacía difícil creer que la guerra se prolongase tanto en sentido del tiempo. Técnicos y profanos nos equivocamos en la cuenta. Y es que no se pensó en la potencia numérica de los adversarios, como lo demuestran los combates victoriosos de Hindenburg, que si bien por lo pronto no son del todo decisivos para dar término a la campaña, en el teatro del E., en todo caso contribuyen poderosamente a la terminación de esta lucha colosal.

Con todo, deben siempre mirar los alemanes retrospectivamente con orgullo las acciones gloriosas de su ejército y de su flota. En menos de un mes fué ocupada casi toda la Bélgica; arrojados los franceses del suelo alemán que a principio de agosto lo habían hollado; aniquilados en brillantes combates, como Tanenberg, masas de millares de rusos.

En el O. fueron rechazados en sangrientas batallas los ataques de los ejércitos aliados a pesar de su abrumadora superioridad numérica. Las posiciones provisionales del ejército alemán se trocaron en la mayor parte de sus puntos en fortificaciones del campo de batalla, tan fuertes, que contra ellas todavía el adversario se estrella. Muchas fortalezas de la frontera francesa, provistas de todos los medios modernos de defensa, han caído en poder de los alemanes.

El ejército austriaco ha tenido también éxitos, aunque parciales, contra los serbios. Todos los intentos de éstos sobre Hungría y Croacia han fracasado.

También los rusos han sido arrojados de una parte de la Galizia que habían invadido y obligados a retirarse igualmente de Neusandec al norte de los Cárpatos. Los telegramas de los últimos días de diciembre anunciaron el fracaso de la nueva ofensiva rusa en Polonia y los combates victoriosos de los ejércitos austro-alemanes en sus avances sobre Varsovia.

La flota alemana ha causado también formidables daños a Inglaterra, la reina de los mares. Hay que recordar las acciones del *Emden*, del *Carlsruhe* y de los submarinos, que son la constante pesadilla de los ingleses. Las excursiones de los buques alemanes hasta los puertos de la Gran Bretaña, demuestran ya ante el mundo, que el señor de los océanos no es tan poderoso como se le creía. Es cierto que Alemania tiene que lamentar la pérdida de su flotilla de cruceros hundidos en Ultramar (cerca de Falkland).

Haciendo un balance de todo lo acontecido hasta el día, los alemanes pueden pensar con confianza en el porvenir de su patria que, fortificada económica y militarmente, no tiembla ante el mundo de adversarios que la rodea.

Hace pocos días que se anunció la «orden del día» del Generalísimo Joffre a sus tropas, para emprender una nueva y enérgica ofensiva contra las posiciones alemanas. Es de suponer que las nuevas acciones de los aliados en el O. son consecuencia inmediata de esta orden, pero en ninguna parte han obtenido los franceses resultados favorables.

Cosas muy curiosas van aconteciendo en las trincheras del O.; del cambio diario de los papelitos y tarjetas postales se ha venido al trueque de comestibles. Así, los alemanes alcanzan a sus adversarios salchichas o «Komisbrot» y ellos les obsequian con vino. Es de advertir que estas «muestras de cortesía» se hacen sólo entre alemanes y franceses, que vienen cada día congeniando más. Sólo con los ingleses no hacen migas ni aliados ni adversarios. Algunos indios han desertado del campamento inglés al alemán y han pedido «se les deje sus fusiles para matar ingleses.»

¿Se llegaría a un convenio franco-alemán, que rompiera «el convenio del miedo»? ¿Se quedarían solos los ingleses para habérselas con los germanos? ¡Enigmas del dios Marte que hoy gobierna el mundo! Esperemos.

J. C. GUERRERO.

## UN DISCURSO DE RECLUTAMIENTO

En una asamblea que se ha celebrado recientemente en Edinburgo para promover el alistamiento en el ejército británico, lord Rosebery, el conocido hombre público, pronunció un discurso, cuyos son los párrafos que siguen:

«Entre un ejército de voluntarios y un ejército reclutado forzosamente, no vacilaremos en admirar más al primero. Pero estamos empeñados en un negocio formidable, una cuestión de vida o muerte, y acaso nos veamos obligados a abandonar el princi-

pio del ejército de voluntarios. Podemos encontrarlos en este caso y tener que obrar como las demás naciones, que vierten en filas a todos los hombres útiles. Ciertamente así lo haremos antes de sucumbir. ¿Cuáles son las fuerzas que se nos oponen? Durante un centenar de años, los alemanes han enviado todos sus hombres útiles al ejército o les han dado instrucción militar. Su población es de 65 millones, unos veinte millones más que la nuestra, y la nuestra carece casi completamente de instrucción militar. Meditemos un momento acerca de la fuerza que representa toda la población varonil de un pueblo de 65 millones. Es una fuerza enorme. Los alemanes ya han puesto millones de hombres en el frente de batalla, pero apenas hace diez días el redactor militar de *The Times*, persona perita y bien informada, aseguraba que aún disponían de una reserva de cuatro millones de hombres, para lanzarlos a la lucha. Nuestra nación no estaba preparada y sólo disponía de un ejército expedicionario de 140.000 hombres. No es posible vacilar, porque se trata de una cuestión de vida o muerte, y si todos los hombres válidos no acuden a alistarse, podemos vernos obligados a llamarles forzosamente. Esto no sería ninguna desgracia, sino una medida desesperada en una crisis también desesperada, a la que cualquiera nación acudiría.

»¿Por quiénes estamos combatiendo? ¿Porqué estamos haciendo tan supremos esfuerzos? Os daré una razón: por la libertad, no meramente por la libertad de Europa, sino por la libertad del mundo; ¿qué acontecería si Prusia lo pintara de negro? Digo Prusia con toda intención. Separo a Prusia de Alemania. ¿No sabéis lo que es un mahout? Es un hombre pequeño que lleva un palo aguzado y se sienta sobre la cabeza de un elefante, guiando al pasivo y enorme animal a donde quiere. Alemania ha sido un grande, pasivo y docil elefante, y Prusia lleva a toda Alemania contra nosotros. Estamos combatiendo contra el sistema prusiano implacable, brutal, de agresión sin escrúpulos. Esta guerra será llamada la guerra del mundo. Ninguna parte del mundo puede permanecer indiferente.

»Pensad en nuestro gigantesco pariente, los Estados Unidos. La población alemana de los Estados Unidos, que es muy numerosa, ansía ardientemente, según podemos colegir por la lectura de la prensa, desempeñar en los Estados Unidos el mismo papel que Prusia en Alemania, ser el mahout de los Estados Unidos, y lanzarlos en lo que, después de todo, no sería más que una guerra civil entre la nación de sus antepasados y amigos, la Gran Bretaña, y ellos.

»Pero no sólo combatimos por la libertad, sino por nuestras vidas y nuestra existencia. Ninguno de nosotros puede dejar de comprender, recordando lo acontecido con la agresión prusiana y las barbaridades que la han acompañado, la suerte que nos espera si sucumbiéramos en la guerra. Nuestra nación, nuestro imperio, todas las tradiciones y todas las glorias que hemos atesorado a copia de siglos, de guerra, de trabajo y de libertad, están en peligro.

»Pesa una gran responsabilidad sobre todos los hombres de Inglaterra que se dan cuenta de la naturaleza de este conflicto y saben lo que ha de hacerse. No me gustaría tomar la responsabilidad sobre mis hombres. Tampoco envidio a los que la están asumiendo, pero sí diré que una lucha de este género, es un lucha de vida o muerte, en la que hemos de ser aplastados o aplastar al enemigo: no hay alternativas para decidirse. No envidiaré al hombre que sin excusas válidas, resueltamente se quede en casa, y cuando nuestros ejércitos vuelvan victoriosos, como volverán....(grandes aplausos), sí, como volverán, pero la cuestión es que vuelvan pronto; esto sólo puede conseguirse por la fuerza del número; pero cuando nuestros victoriosos ejércitos regresen, los que hayan permanecido alejados y ociosos estarán en una situación muy triste. Cada cual deseará ceñir los laureles sobre la cabeza del ejército; sólo Dios sabe lo que desearán ceñir sobre sus propias cabezas. Pero yo estoy seguro que cuando sepa que nuestra nación ha resultado triunfante, y que sus vecinos y amigos han derramado su sangre en el campo de batalla, sin que él mismo haya movido un solo dedo, pedirá a Dios que le conceda la muerte en la guerra».

## CRÓNICA MILITAR

I. La estrategia rusa.—II. Ataque de los turcos al canal de Suez.—III. Las operaciones en el teatro oriental.—IV. La situación el 14 de febrero

### I.—La estrategia rusa

Incurrieron los rusos en el error, que han pagado caro, de asumir la ofensiva en todo el frente, olvidando que era imposible humanamente someter a una dirección única las campañas en Polonia y Galizia, y coordinar los esfuerzos de ejércitos separados centenares de kilómetros. El alto mando alemán obró de muy diferente manera. Consideró secundario el teatro de Galizia y desarrolló el esfuerzo principal en Polonia, obteniendo aquella serie de victorias que comenzaron el 8 de noviembre y terminaron el 20 de diciembre.

Una vez concentrado el ejército ruso en Polonia en posiciones muy fuertes y preparadas y artilladas

con esmero, apoyadas a corta distancia por el campo atrincherado de Varsovia y las plazas fuertes del Vístula, y con buenos ferrocarriles a retaguardia, el avance alemán debió hacerse necesariamente lento, a menos de exponerse a sufrir tales pérdidas, que el ejército quedara en malas condiciones para continuar la campaña. Afirmóse el mariscal Hindenburg al O. de Varsovia, dejó frente a esta fortaleza las tropas estrictamente indispensables, y llevó las demás a otro teatro. Muchas presunciones se hicieron acerca de los nuevos planes que abrigaba el mariscal, inclinándose los más de los críticos por la creencia de que al N. del Vístula, al S. de Mlava, iban a tener lugar batallas de gran trascendencia. Esta idea parece ha de descartarse, porque es de una inocencia

infantil. Lo que sí es indiscutible es que los alemanes se han afirmado tan fuertemente al O. de Varsovia, que todas las esperanzas de los rusos se contraen a evitar que la plaza caiga en poder del enemigo, pero sin que tengan esperanza de desalojarle de Polonia.

A la enérgica ofensiva alemana no pudieron responder los rusos del modo más adecuado; sus ejércitos de Galizia estaban fuertemente empeñados contra los austriacos, y las vías férreas de retaguardia eran insuficientes para una rápida traslación de fuerzas. Había que aceptar las circunstancias tal como se presentaban, y continuar la guerra en Galizia y los Cárpatos, aun siendo evidente que la solución de la campaña se encontraría siempre allá donde estuviera el ejército alemán, al que incumbe la última palabra, lo mismo en caso adverso que favorable.

No obstante, los recursos militares de Rusia, se decía, son inmensos e inagotables; las bajas padecidas en Polonia serán cubiertas con exceso, y no tardarán en surgir otros ejércitos más fuertes y numerosos que el primero. Se olvidaba, al hablar así, que los dos ejércitos del Narev y del Niemen, casi destruidos en agosto y septiembre, están aún esperando las masas que han de vengarles. Rusia dispone de innumerables hombres, pero no de innumerables soldados, y le es muy difícil reemplazar el material perdido.

La contra-ofensiva rusa podía dirigirse en cuatro sentidos: contra los alemanes al O. de Varsovia; al N. del Vístula, en la dirección de Thorn; contra la Prusia oriental; contra los Cárpatos y la Bukovina.

Debió quedar tan quebrantado y desmoralizado el ejército ruso después de sus continuas derrotas en Polonia, y son tan duchos los alemanes en preparar posiciones defensivas, que el gran cuartel moscovita descartó el primer partido.

A raíz de la aparición de fuertes vanguardias y nutridos contingentes de caballería hacia Lipno, se creyó que los rusos trataban de avanzar sobre la frontera alemana y amagaban el envolvimiento de los alemanes de Varsovia; pero éstos no parecieron conmoverse, ni se preocuparon; libraronse pequeños combates con éxito vario, y los triunfos que el telégrafo atribuía a los rusos no tardaron en cesar por completo, demostrándose que lo más que habían intentado era una diversión, ejecutada con tan poco disimulo que no llegó a inquietar a los alemanes. Quedó descartada esta hipótesis.

Más recientemente aún, los destacamentos rusos apostados en las fronteras de la Prusia oriental emprendieron la ofensiva. Como tantas otras veces, los pequeños éxitos que alcanzaron fueron presentados como brillantes victorias y ventajas decisivas, y se creyó que por fin los rusos habían decidido escoger aquel sector como teatro principal; se dió por descontado el avance sobre Koenisberg, volvióse a repetir, como en agosto, que esta plaza correría peligro inminente, y se anunció que las fuerzas alemanas que guardaban los lagos de Masuren se estaban retirando. Pero bastó una mediana resistencia del defensor para que abortara el movimiento de los rusos, si es que realmente habían tenido el propósito de avanzar resueltamente. Tampoco por esta parte acertaron los augures.

Finalmente, en los Cárpatos, Galizia y Bukovina,

la presión rusa no ha aumentado desde últimos de diciembre. Si contra algún punto había de hacerse ostensible la llegada de refuerzos tenía que ser en Przemyśl o en el bajo Nida, y en ninguno de ambos lugares los rusos han obtenido ventajas.

¿Dónde están, por consiguiente, los refuerzos rusos? ¿Ha desistido acaso el gran duque de todo empeño ofensivo y va a mantenerse a la defensiva en Polonia y Prusia, tratando sólo de llegar a Transilvania y Hungría? Por muchas razones, que sería largo enumerar, creo que ha de desecharse esta hipótesis. Sin embargo, es indudable que han llegado y están llegando a la línea rusa tropas de refresco. El recrudecimiento de la ofensiva alemana al O. de Varsovia, donde de nuevo han sido derrotados los rusos, perdiendo cerca de 6.000 prisioneros, da a entender que el mariscal Hindenburg se ha adelantado a la iniciativa de su adversario haciéndole ver de cerca que el peligro de la pérdida de Varsovia no es tan remoto como acaso llegó a creer, y que en modo alguno debe desatender esta región para agrupar en otra parte la masa principal de sus fuerzas. Al mismo tiempo, los nuevos ataques de los alemanes al S. del Vístula descubren que su alto mando quiere inmovilizar el mayor número posible de tropas enemigas, para operar en otro punto con fuerzas superiores.

Resumiendo, se deduce que la estrategia rusa sigue careciendo de aquella energía y de aquella actividad tan recomendables para obtener éxitos de importancia. Mucho debe contribuir a esta falta de resolución la mediana calidad de las nuevas tropas de refresco, confirmándose lo que ya apunté en otra ocasión, a saber, que lo mejor del ejército moscovita ha sido destruido, y que ha de trascurrir algún tiempo para que los nuevos combatientes se muestren a la altura de los que lucharon desde agosto a noviembre.

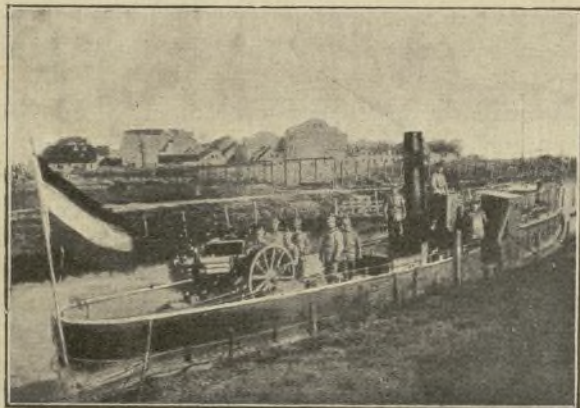
## II. — Ataque de los turcos al canal de Suez

La prensa inglesa da algunos pormenores sobre el reciente ataque al canal de Suez; las operaciones se resumen del modo siguiente:

La vanguardia turca, formada con tropas de la 25 división, se dirigió, contrariamente a lo que se esperaba, hacia la parte central del canal, por el camino de El Arisch, sobre Ismalia y Toussoum. Pequeños grupos fueron destacados a los lados, para que los ataques tuvieran lugar simultáneamente en varios puntos y desconcertaran a los ingleses. La columna del centro, que era la más fuerte, se dividió en destacamentos al llegar a unos 20 kilómetros del canal. Gracias a la excelente preparación de los convoyes, los turcos no padecieron las privaciones de la sed: llevaban alimentos y agua en abundancia, y además un tren de puentes, cuyos pontones (barcos de fondo plano o chalanas) se transportaron en carros tirados por camellos y búfalos; no figuraban en las tropas expedicionarias contingentes de beduinos ni irregulares, contra los anuncios que aseguraban otra cosa.

El 27 de enero las avanzadas de uno de los destacamentos del centro se pusieron a la vista de los puestos ingleses, trabándose un pequeño tiroteo; dos aviadores ingleses fueron muertos por el tiro de sus

propias tropas, que los creyeron enemigos. El 2 de enero, el grueso de las fuerzas llegó a corta distancia del canal. Los ingleses estaban atrincherados en las dos orillas, y varios barcos de guerra fondeados en los lagos que cruza el canal, estaban apercebidos a romper el fuego. El primer encuentro tuvo lugar



Falúa alemana empleada en los reconocimientos en el lago de Bodma

junto al lago Timsaj; las arenas del desierto, desmenuzándose en montones de polvo y partículas terrosas por el choque de los proyectiles, dificultaron el tiro de los dos bandos, y la acción transcurrió lánguidamente, sin que los turcos consiguieran llegar a la orilla del canal, ni los ingleses pudieran rechazarlos. Por la tarde, una compañía de pontoneros turca tomó pie en la orilla, cerca de Bir Favar, y comenzó a echar los pontones en el agua; más al S., desde Toussoum a Serapeum, los turcos se hicieron dueños de todo el terreno. Los ingleses evacuaron la orilla E. y se replegaron a la opuesta, pero la lentitud con que se desarrollaban los preparativos de los turcos, dió tiempo a los defensores para que acudieran refuerzos al punto amenazado.

A media noche, los turcos ejecutaron la tentativa del paso; comenzóse a formar el puente de pontones, pero las ametralladoras inglesas rompieron un fuego tan certero, que los atacantes tuvieron que retroceder abandonando parte de su material; no obstante, las tropas que marchaban a retaguardia fueron desplegando más al S., y cerca de Toussoum se trabó un combate muy vivo; unas pocas piezas batieron los atrincheramientos del defensor, así como el crucero *Harding*, que estaba fondeado en el lago Timsaj, causándole averías de alguna consideración. Pero había pasado la ocasión para ejecutar el ataque por sorpresa: los ingleses disponían de fuerzas suficientes para malograr los planes del enemigo, las baterías de campaña entraban en las posiciones y el atacante se vió batido por un fuego muy superior al que él podía desarrollar; a las tres de la tarde se dió la orden de retirada, sin que los ingleses emprendieran la persecución. Las fracciones que estaban trabajando en el agua y algunos soldados que consiguieron llegar a la orilla O., cayeron prisioneros, en número de 600; perdieron además los turcos algunas ametralladoras.

Mientras se desarrollaban estos combates en el centro, en El Kántara otro destacamento avanzaba también; la inundación provocada por los ingleses en la orilla E. les obligó a adelantar por la estrecha

senda de terreno firme, y el fuego de los ingleses fué suficiente a contener los ataques. Estos fueron dos, ambos ineficaces, uno a las tres de la madrugada y otro antes de amanecer.

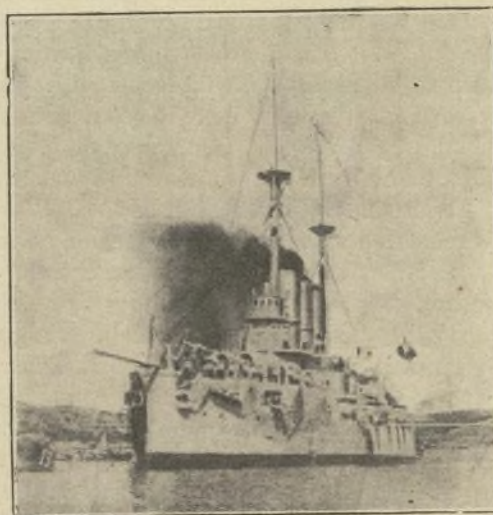
A las tres de la tarde los turcos habían desaparecido de la vista del canal, y cesó por completo el fuego.

Los ingleses evalúan la fuerza de los turcos en unos diez mil hombres; el grupo más fuerte de los empeñados en combate no excedió de 500 hombres. Los ingleses aprecian las bajas del enemigo en unos 300 hombres; las suyas fueron 112 entre muertos y heridos, en los combates de Toussoum.

Prescindiendo de algún pequeño detalle, no hay motivo para negar la exactitud de la relación que antecede, y la consecuencia que de ella se deduce: el ataque de los turcos fracasó antes de que llegaran a la orilla O. del canal. Pero las deducciones han de ser algo más precisas, y esto es lo que voy a examinar.

¿Cuál era el objeto de los turcos? ¿Llegar al canal y tratar de obstruirlo y cerrarlo, o bien forzar el paso, atravesar el canal e invadir Egipto?

Es imposible admitir este segundo objetivo: en ninguna cabeza cabe que un cuerpo de sólo diez mil hombres, fraccionado en destacamentos en un frente de cincuenta kilómetros, se propusiera derrotar a un ejército enemigo que cuenta más de cien mil hombres y quisiera llevar la guerra a un país en el que se encuentran gruesos contingentes de la India, las tropas egipcias y un cuerpo inglés de muchos millares de hombres. Hasta el 27 de enero no descubrieron los ingleses la aproximación del invasor; por consiguiente, de la misma manera que pudieron acercarse sin ser vistos los cuerpos de la vanguardia, pudo aguardarse la incorporación del grueso para desarrollar un ataque con fuerzas en un lugar escogido de antemano, en vez de amenazar en varios puntos y no asaltar seriamente ninguno. Creo inútil seguir argumentando para demostrar que jamás se ha efectuado invasión ninguna de un país defendido por un pode-



El crucero ruso «Ivan Slatust», de la flota del mar Negro

roso ejército regular empeñando unos pocos destacamentos de medio millar de hombres. De modo que puede afirmarse, sin temor a que los hechos y noticias posteriores lo desmientan, que el objeto

de los turcos no consistía en la invasión de Egipto.

Veamos el otro objetivo. Mucho antes de que entrara en la guerra el Imperio Otomano, se decía en la prensa alemana, y en estas columnas se ha recordado, que era menester causar una herida mortal a Inglaterra cerrándole el canal de Suez para que las tropas de la India no pudieran tomar parte en la guerra en Europa; así que intervino Turquía, los deseos alemanes no se concretaron ya a cerrar el canal, sino que se extendieron a llevar la guerra a Egipto, para que la Gran Bretaña tuviera que enviar allá algunos cuerpos, pocos o muchos, de sus tropas de la metrópoli. Para ello se organizó un ejército en toda regla, en Siria, efectuándose preparativos que según las noticias más recientes no están terminados todavía. Dada la magnitud de la empresa, es probable que los alemanes y los turcos estimaran que, sin perjuicio de ejecutar la invasión cuando las circunstancias lo permitieran, lo más urgente era cerrar el canal, con lo cual se descartaba la eventualidad, no ya de que las tropas indostánicas desembarcaran en Francia o Inglaterra, sino de que el ejército japonés tomara parte en la guerra europea, por lo menos al lado de los franceses, ingleses y belgas.

A estos anuncios de los alemanes, respondieron los ingleses diciendo que habían tomado todas las medidas conducentes a impedir que los turcos llegaran a la vista del canal; refirieron que las dos orillas estaban fuertemente atrincheradas, que se habían destruido los caminos y aguadas en una distancia de muchos kilómetros, y en los periódicos de aquella nación se publicaron fotografías que demostraban la importancia de los preparativos hechos para frustrar los proyectos del enemigo.

Sin embargo, éste ha llegado al canal, y ha llegado mucho antes de lo que se le esperaba, encontrando punto menos que desprevenidos a los ingleses, toda vez que tomó posesión de la orilla E. en una longitud de doce kilómetros, botó los pontones al agua, echó también en ella algunas lanchas, y aún hubo soldados que pisaron la orilla O.

Pues bien, desde el momento que una columna de 500 hombres cuenta en sus filas una compañía de pontoneros y que estos maniobran en el agua; puesto que según los ingleses los pontones y las lanchas fueron anegados, la consecuencia que se deduce es que los turcos no se proponían otra cosa que obstruir el canal, echando a pique las embarcaciones necesarias y, más probablemente, provocando explosiones y voladuras en el fondo y los declives de las orillas; que tuvieron tiempo para ejecutar estas operaciones no cabe duda, si se recuerda que el puente de pontones fué comenzado—según los ingleses,—lo que exige la llegada de las acémilas y los carros al canal, la descarga del material, su botadura y la maniobra en el agua; mucho menos tiempo es indispensable para volar algunos hornillos de mina, sobre todo si las cargas están preparadas, labor fácil y expedita, que no tiene nada de extraordinaria.

De dónde se infiere que los turcos fueron rechazados, pero que su objetivo quedó cumplido: cerrar u obstruir el canal. Si no lo hicieron, el fracaso se debió a su imprevisión, pero no a las medidas tomadas por los ingleses. Con las poderosas dragas que hay siempre en el canal y los inmensos recursos de la marina inglesa, es de suponer que si las averías

causadas no son serias no tardará mucho en quedar abierto otra vez el paso; el tiempo dirá si el objetivo turco—que, repito, no consistía en entrar en Egipto al O. del canal—se ha realizado en toda su extensión o no; por el momento, todas las probabilidades son de que ha sido logrado.

Finalmente, si los turcos no llevaban consigo artillería, según dijeron los despachos británicos ¿cómo se explica que rompieran el fuego de cañón, contra las fortificaciones de orillas del canal y contra un barco de guerra? ¿Fué realmente víctima de una emboscada o de una sorpresa una columna británica, confirmando así uno de los partes de origen turco? Los combates en el canal y el avance de las tropas turcas no son tan claros como lo presentan las versiones británicas.

### III.—Las operaciones en el teatro oriental

Si realmente fué cierto el avance de los rusos en la parte N. de la Prusia oriental, poco al S. E. de Tilsit, escasa oportunidad revistió la tentativa porque antes de que se supiera la dirección exacta del avance, el Estado Mayor ruso anunció que los alemanes habían reforzado sus contingentes en aquella provincia, y confesó seguidamente que ante la superioridad de fuerzas de los enemigos, los rusos evacuaban dicha región para reorganizarse al abrigo de las fortalezas rusas del S. del Niemen. Los alemanes, con la habitual concisión que emplean al referirse á las operaciones en el teatro oriental, confirman la retirada de los moscovitas, debida a una sucesión de combates en que han apresado 26.000 hombres y cogido 20 cañones y 30 ametralladoras. Emprendieron el ataque los alemanes el día 7 de este mes, y cuatro días después quedaba libre de enemigos la Prusia oriental.

Según los comunicados oficiales rusos, los refuerzos alemanes llegados a aquel teatro ascendían a cuatro cuerpos de ejército, lo cual induce a creer que eran menos; estas tropas, unidas a los dos cuerpos que había ya en la Prusia oriental, dan un efectivo de unos 200.000 hombres, que parece insuficiente para emprender la invasión en el valle del Niemen; pero también resulta extraño que los alemanes hayan llevado allá las tropas indispensables para arrojar al invasor del territorio alemán, creándose una situación análoga a la de mediados del pasado diciembre. Las victorias de Hindenburg, brillantes y decisivas, no tuvieron las consecuencias que era lógico esperar, por no disponer en aquella ocasión el mariscal de las fuerzas necesarias para completar la derrota de los rusos con una enérgica ofensiva al otro lado de la frontera. Si ahora se repite el mismo hecho, el alto mando alemán demostrará bien a las claras que no le animan propósitos de llegar a un resultado decisivo en su acción contra Rusia.

Pero si los refuerzos enviados a la Prusia oriental son cuatro o más cuerpos de ejército, es de suponer que no se suspenderá la campaña, como en septiembre, sino que se la completará procurando cortar la principal línea de comunicación que la Polonia rusa tiene con el N. del Imperio. La ocasión para esta empresa parece oportuna, vista a distancia, teniendo en cuenta que casi todo el ejército ruso está empe-

ñado en Polonia, á los dos lados del Vístula, y en Galizia y la Bukovina, y que las nuevas formaciones rusas carecen de la cohesión de las ya destruidas. Además, a últimos de marzo sobrevendrá el deshielo y quedarán llenos de barro y de ciénagas los valles de la cuenca del Niemen, mientras que ahora todavía es posible la marcha por ellos en buenas condiciones. Nada más cabe decir de estas operaciones; el tiempo despejará la incógnita y revelará los planes del cuartel general de von Hindenburg.

Como insinué en otra *Crónica*, los rusos no incurrieron en la maniobra infantil de amenazar las comunicaciones del ejército alemán que lucha al O. de Varsovia, destacando un poderoso ejército en la orilla N. del Vístula, en dirección de Thorn. Las tropas empeñadas en este sector, compuestas en gran parte de caballería, más tenían un objetivo preventivo que ofensivo, y han sido contenidas y rechazadas por las alemanas, que las están empujando al E., habiéndose apoderado de Serpe.

Delante de Varsovia la situación continúa estacionaria. Ninguno de los dos bandos cuenta con fuerzas suficientes para derrotar al otro. Tampoco se acusa variación en la Polonia meridional, hasta las orillas del Nida.

En Galizia se advierte una ofensiva de los austro-alemanes en el centro de los Cárpatos, entre los pasos de Dukla y de Użok, frente a Przemyśl; es imposible afirmar si se trata de uno de tantos combates como vienen sosteniéndose en la región de las montañas, o de un avance resuelto para romper el cerco de dicha plaza.

Más al S., en el extremo de la línea, es positivo el avance de los austro-alemanes en Bukovina. Los rusos fueron derrotados entre Vama y los Cárpatos, y se están replegando en dirección al N. Los austriacos avanzan siguiendo la frontera con Rumanía y están cerca de la capital, de Czernovitz, es decir, que la maniobra tiende a prevenir la intervención de Rumanía al lado de Rusia. Se cree fundadamente que en el ejército que combate en la Bukovina hay cincuenta mil alemanes.

Del conjunto de la situación resalta el siguiente hecho, que he indicado varias veces: distribuyendo sus fuerzas en una línea de muchos centenares de kilómetros, los rusos se han visto en la imposibilidad de ejercer enérgica presión en ningún punto determinado, y han cedido por completo la iniciativa al enemigo, que además dispone de las facilidades que da una red de ferrocarriles mejor y más completa.

No hay que inferir del hecho de la ofensiva germana en los dos extremos del frente que se trata de realizar un movimiento envolvente. Este sólo puede tener lugar en un teatro de operaciones, pero no en

el conjunto de tres teatros bien caracterizados, como son los que componen el tablero oriental de operaciones.

Ni la ofensiva en Prusia oriental, ni el avance en Bukovina, en tanto no se extiendan al interior del territorio ruso, conducirán a resultados decisivos, y todavía no se ve el punto en que va empeñarse la masa principal de las fuerzas germanas. Dije muchas semanas atrás que el valle del Niemen es de importancia extraordinaria, tan grande como la de Polonia y mucho más que la de Galizia (cerrada por la barrera de los Cárpatos), pero como sobre la importancia geográfica de las comarcas está la derivada de la situación y efectivos de las fuerzas enemigas, cualquier pronóstico que se haga sobre las operaciones futuras está sujeto a error; lo mismo podemos hallarnos en vísperas de grandes acontecimientos y de una mayor actividad en la guerra, que en presencia de meros episodios sin trascendencia directa en el resultado final.

#### IV.—La situación el 14 de febrero

En el teatro occidental menudean los combates; la peor parte en ellos la han llevado los aliados, en los últimos días, perdiendo varios centenares de prisioneros, unos tres mil cañones y ametralladoras; con todo, la forma general del frente de batalla sigue siendo la misma y no han alterado fundamentalmente las posiciones de los dos beligerantes.

Tampoco ha habido hechos notables en el Cáucaso, ni en Persia. Ni turcos ni rusos cuentan, según todos los indicios, con las tropas bastantes para desarrollar una enérgica invasión. En unos puntos están los turcos dentro del territorio enemigo, y en otros son los rusos quienes han cruzado la frontera, pero sin que las avanzadas de los dos ejércitos estén separadas más de 20 kilómetros de la frontera común.

Los turcos se han replegado a unos 30 kilómetros del canal de Suez, según noticias de origen inglés; las tropas británicas no han emprendido persecución de ningún género ni los turcos retroceden más. Llama la atención que los despachos británicos se refieran a un pequeño grupo de turcos que consiguieron llegar a la orilla O. del canal y cuyo paradero se ignora; a muchos comentarios se presta esta noticia, a primera vista sin importancia, pero los excuso porque en mucho tiempo no se podrá comprobar cuál de ellos es el acertado.

Tampoco se sabe con certeza, aunque se presume, que los refuerzos ingleses hayan comenzado a desembarcar en las costas de Francia.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

14 de febrero de 1915.